







La Fea Burguesia
— EDICIONES —

MIGUEL SÁNCHEZ LÓPEZ

CHARNEGO



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2021

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“Charnego”

© Miguel Sánchez López, 2021

© La Fea Burguesía Ediciones, 2021

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación:
Fernando Fernández Villa & Gloria López Corbalán

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978 84 120615 4 3

Depósito legal: MU 440-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

A Ana Fuensanta y Candela

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|-----|
| Prólogo | 11 |
| I Ojós | 17 |
| II Don Fermín | 21 |
| III “El hijoputa” | 31 |
| IV El transmiseriano | 49 |
| V Barcelona | 57 |
| VI La CNT | 69 |
| VII Areta | 77 |
| VIII Ascaso | 83 |
| IX La France | 97 |
| X Don Miguel | 115 |
| XI Matar al rey | 127 |
| XII Rocheteau y Maxfurroll..... | 137 |
| | |
| A modo de epílogo | 153 |
| Licencia del autor | 161 |
| Bibliografía | 163 |

PRÓLOGO

Miguel Sánchez ha escrito su primera novela en la que, con harta sencillez, sin malabarismos ni grandilocuencia alguna, nos lega el mayor tesoro que puede existir para cualquier ser humano: la memoria. Desde su propia memoria y desde la memoria reflejada en los periódicos, en los libros, en los papeles, este autor indaga sobre los hechos que mueven nuestra existencia (la muerte, la ambición, el deseo, el dolor...) desde que el mundo es mundo, al tiempo que lleva a cabo un ejercicio de introspección sobre sí mismo, viajando en el tiempo, como los argonautas viajaron a la búsqueda del Vello de Oro, con la intención, probablemente, de conocerse mejor y, al mismo tiempo, de hallar las claves y la alquimia de la que está compuesto.

Sorprende que una primera novela atrape de esa manera al lector más exigente desde la primera página. Y sorprende, asimismo, que un novel en la materia literaria sea capaz de conocer —acaso guiado por sus muchas lecturas, que no disimula y que se reflejan en estas mismas páginas— las técnicas fundamentales del género, con diálogos repletos de gracia, dinamismo y vivacidad, con escenas intensas, henchidas de dramatismo, en las

que, en ocasiones, es preciso contener la respiración. Es, sin duda, un buen comienzo. Un bautizo literario con fortuna que debería animar a su autor a seguir por ese camino, a regalarnos, en un futuro no muy lejano, nuevas historias repletas de aventuras y de personajes de hondo calado, que lleguen a lo más profundo de nuestro corazón, como si fueran nuestros amigos de toda la vida.

A propósito, precisamente, de personajes, entre históricos e inventados, son muchos los que nos dejan un sabor propio de esas criaturas —recuerdo ahora las inventadas por Baroja o por Galdós o por doña Emilia Pardo Bazán, que cumple ahora el primer centenario desde su desaparición— que, tras unas breves pero certeras pinceladas, llegan al corazón del lector y se instalan para siempre en las entretelas de nuestros sentimientos. No hablaré ahora de Ginés, el protagonista de esta historia que aquí se nos ofrece, sino de un personaje secundario que deja honda huella en todos nosotros por diversas razones. Me refiero al “Maestro”, a don Fermín, que, de inmediato, nos trae a la memoria a los maestros de Antonio Machado; a aquel maestro, que está pero que no aparece, en los versos del poema titulado “Recuerdo infantil”: “Una tarde parda y fría/ de invierno. Los colegiales/ estudian. Monotonía/ de lluvia en los cristales”, etc. Sin olvidar al soberbio don Gregorio inventado por Manuel Rivas, que en el cine, en la película *La lengua de las mariposas*, interpretó magistralmente, el desaparecido Fernando Fernán Gómez.

Como ellos, nuestro don Fermín también es un hombre que tuvo que forjarse un futuro a fuerza de sacrificios. Procede de una familia modesta,

pero su ambición por el saber le había llevado a conocer, incluso, a personajes como Ortega y Gasset y a don Miguel de Unamuno, tan diferentes ambos, pero, al fin, complementarios, unidos por la curiosidad sin límites, por la inteligencia.

Nuestro “Maestro”, que llega a Ricote después de muchos tumbos y de vueltas y revueltas alrededor de sí mismo, es cojitranco, soltero, no muy agraciado... y ni siquiera viste demasiado bien, siempre ataviado con su torpe aliño indumentario, que diría Machado. Pero, después de haber visto mucho mundo y haber contemplado en primera fila muchas miserias, tiene la cualidad extraordinaria, única, de saber transmitir a sus discípulos no sólo los conocimientos básicos de diversas materias y disciplinas, sino también otras ideas sociales y humanas con las que prevenir en un futuro las injusticias y oponerse con firmeza a las ya existentes.

Miguel Sánchez, para terminar de rizar el rizo, pone en pie a un duro oponente: el cura del pueblo, don Atanasio, que es el polo opuesto de don Fermín, con sus ideales carpetovetónicos, con sus alegatos a la fe divina, con su desconfianza en el progreso y su temor a los nuevos tiempos. Un tipo chapado a la antigua que no está dispuesto a perder los privilegios de un pasado que sabe a naftalina. Ambos, más que opuestos, también son complementarios, como las dos caras de una misma moneda, como esas dos Españas que están obligadas a convivir y a entenderse, aunque terminen por helarnos el corazón.

La novela de Miguel Sánchez, aunque no caren-
te de acción y de intriga, es poseedora de ese clima
cálido de todo buen libro que sabe aplacar nues-
tras inquietudes y expulsar nuestros demonios.
La temperatura idónea para templar los ánimos,
para entretener y disfrutar con unas páginas que
no dejan indiferente a nadie, que parecen como
arrancadas de un sueño, apacible y dulce, del que
hacemos todo lo imposible por no despertar.

José Belmonte Serrano
Universidad de Murcia

CHARNEGO

I

Ojós, y el Valle de Ricote

Abuelo, ¡cuéntame más historias de los tiempos de Maricastaña!

—¡Jodido niño!

El abuelo le pegó una calada a lo que quedaba del cigarro de liar que llevaba en la comisura de los labios, y le dijo al chaval:

—Anda, vete a jugar con tus amigos, y no des más la tabarra.

Era una cálida tarde de agosto en Ojós, el municipio más pequeño de la Provincia de Murcia. La noche anterior había sido la cohetada, fiestas declaradas de interés turístico, en las que se quemaban toneladas de pólvora para recordar que a principios del siglo XIX un grupo de soldados del pueblo volvieron sanos y salvos de la guerra de la Independencia. El caso es que con los años aquello había ido a más, y, rediós, se había convertido en un auténtico espectáculo pirotécnico, propio del mismísimo sitio militar de alguna ciudad.

El caso era que entre el calor, los mosquitos, la humedad y aquel intenso olor a pólvora, Ginés se había abandonado al sopor, repantigado a la sombra de unos limoneros en un recoveco

formado por un meandro del río Segura. A aquel inigualable lugar, le llamaban el Azud de Ojós.

La orilla del río Segura, que durante tiempo inmemorial había bordeado aquel vergel que le vio nacer, lugar de andanzas, baños y correrías cuando siendo aún un zagal ya era el cabecilla de la banda de mocosos del pueblo. Gines “el Pintao”, de los pintaos de toda la vida, su padre, su abuelo, y hasta donde se remontaba su árbol genealógico, a su familia les apodaban “los pintaos”, y él no iba a ser menos, llevaba ese apodo con orgullo.

—A mucha honra —decía.

Ginés se sentía muy orgulloso de ser morisco de pura cepa. Por sus venas corría sangre sarracena. Su padre, y antes su abuelo, le habían contado decenas de veces la historia. Al parecer, cuando el Rey Felipe III decretó la expulsión de los moriscos del reino, a principios del siglo XVII, el Valle de Ricote, donde se encuentra enclavado el municipio de Ojós, había sido el último lugar del Reino donde se hizo efectiva la expulsión, en octubre de 1613. Pero ya fuera por lo apartado y escarpado del lugar, o porque las huestes castellanas se centraron en Valencia, donde no quedó ni uno, o en Granada, poniendo menos empeño en aquellos lugares, o porque hicieron la vista gorda, vete tú a saber, el caso es que durante siglos, en Ojós, habían permanecido semiescondidas numerosas familias de moriscos, que en la intimidad habían seguido practicando los ritos que les eran propios, y que continuaban adorando a Alá a través de su profeta Mahoma. Estas familias se siguieron

reuniendo en sus casas, continuaron practicando sus ritos, y nunca abrazaron el cristianismo. Se casaron entre ellos, y aunque en la actualidad la religión estaba ciertamente olvidada, la sangre y numerosas costumbres ancestrales las seguían manteniendo. Sí, “los Pintaos” era moriscos de pura cepa. Y ni qué decir tiene que republicanos de los pies a la cabeza, jamás rendirían pleitesía a ningún rey otrora castellano, ahora español.

Es verdad que algunos estuvieron en sucesivas guerras, ¡qué remedio!, como su padre, que luchó en la guerra de Filipinas. Pudieron doblegar sus cuerpos, pero su corazón y su espíritu eran profundamente libres. Una suerte de raza extraordinaria que había resistido durante siglos en territorio hostil, sabiendo adaptarse al medio y sobrevivir.

